

Pero bien está, y responde.
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
Con el resplandor de conde?

IBAÑEZ.

El antiguo hace seis años
Humo es como bien has dicho:
Que vienen tras un capricho
Un millon de desengaños.
Pero hoy.....

DON RODRIGO.

Oyéndote estoy.
Concluye. ¿Por de contado
Que estarás enamorado?

IBAÑEZ.

Rodrigo, nunca como hoy.

DON RODRIGO.

¿Será hermosa?

IBAÑEZ.

Como un oro.

DON RODRIGO.

¿Niña?

IBAÑEZ.

Diez y ocho quizás.

DON RODRIGO.

Pues ya no la falta mas
Que ser rica como un moro.

IBAÑEZ.

Lo cierto en ello no sé:
Pero en la corte introdujo
Su llegada tanto lujo
Que casi escándalo fué.

DON RODRIGO.

Pues por Dios que la fortuna
No se cansa en tu favor;
Pero tendrás de su amor
Prendas que....

IBAÑEZ.

Indignas, ninguna.

DON RODRIGO.

¿Pero rivales un ciento?

IBAÑEZ.

No por cierto, mi Rodrigo.
Yo solo soy quien consigo
Finezas y valimiento.

Es cierto que no hay baron,
Hidalgo, conde ó marqués,
Que no rindiera á sus piés
Su fortuna y su blason.

No hay trovador ni galan
Que en cantares y torneos
No se esceda en galanteos
A Rosa de Montalvan.

Todos los ojos en ella
Detiene la multitud;

Porque tiene de virtud
Cuanto de rica y de bella.

Mas ella por importunos
Acredita sus festejos:

Todos los ojos de lejos
La gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad
Que, aunque la amo como un loco,
No estimo, Rodrigo, en poco
Por ello mi vanidad.

DON RODRIGO.

De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibañez, envidioso,
Y mas estoy de orgulloso
Cuanto mas feliz te miro.
¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de mujer?

IBAÑEZ.

No pude tanto saber.

DON RODRIGO.

Pues á fé que es aventura.

IBAÑEZ.

Porque nada se concilia
De haber nacido en la Galia,
Y en Aragon y en Italia
Tener hacienda y familia.
Su apellido es catellano,
Rodrigo, como tú ves.

DON RODRIGO.

Y pienso que tambien es
Hasta francés é Italiano.

Pero pues es rica y bella
Y os amais los dos así,
Tanto es ella para tí
Como eres tú para ella.

Cuando estemos mas á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

IBAÑEZ.

Esta noche la verás,
Que ha de venir á palacio.

Por mujer la he de pedir,
Y esta noche he de saber
Si puede y cómo ha de ser,
Que ella me lo ha de decir.

DON RODRIGO.

¿Tan pronto?

IBAÑEZ.

Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso
Que este mismo mes me caso
Si consiente en lo que pido.

DON RODRIGO.

Prodigio será en lo bello,
Segun de perdido estás.

IBAÑEZ.

Esta noche la verás

Y decidirás en ello.
Entretanto hasta despues,
Que el rey sale.

DON RODRIGO.

Véte en paz.
Y que en verla habré solaz
No te olvides.

IBAÑEZ.

Adios, pues.

Tomó Ibañez la escalera
Que daba al cuarto del rey
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detras de Ibañez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aun le parece que le oye,
Que le abraza y que le vé;
Tanto el encuentro de Ibañez
Fué á don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
En que, perdido tal vez
En recuerdos deliciosos
Quedó distraido en pié,
Los ojos en la mampara
Que cerró al salir aquel,
Y una sonrisa en los labios
De verdad y sencillez.
Al fin soltando un suspiro
Esclamó el rostro al volver:
¿Por la Virgen que me alegro!
¿Quién lo imaginára de él?

Por la plaza de San Pablo
Ya bien entrada la noche,
Del palacio real volviéndose
Van platicando dos hombres;
Y á la luz que reverberan
Dos moribundos faroles,
Aunque no se ven sus rostros,
Sus figuras se conocen.
A corto trecho delante
Y á lentos pasos recorre
Vía igual una litera
Seguida de dos hachones;
Y entre las verdes cortinas
A los rojos resplandores
Se divisan dos mujeres
Sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
Por la oscuridad informe
Como de los sueños pasan
Fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran
Y en los oscuros colores
Que viste la comitiva
De las cortesanas nobles,
Un no sé qué se trasluce

De rápidas precauciones
Que todo parece envuelto
En invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
Se ven los rostros inmóviles,
Los ojos cristalizados
De los negros servidores.
Y algun crédulo dijera
Que en tal misterio se esconde
Un cumplimiento severo
De las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
De la ilusion de la noche,
Porque entrados en un patio
Los hidalgos se disponen
A recibir á las damas
A quien parece que rondan,
Segun del alcázar fueron
Detras de ellas hasta entonces.
"Rosa mia!" esclamó el uno,
Prestando en los escalones
Primeros el brazo á una,
Al parecer la mas jóven.
—Estais, don Pedro, servido,"
Ella pronta respondióle,
Abandonando en las suyas
Una mano que él recoge.
"Mi madre consiente en ello,
Y escusando dilaciones
En vos está la tardanza.
—Porque tal dicha se logre
Perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
Que no he de olvidar jamás."

Aquí á los anchos salones
Llegaban de su palacio,
En cuyos ricos primores
Es bien que audaces los ojos
Se admiren cuando se posen.
De finisimos tapices
Toda la sala vistióse,
Mullida en el pavimento
Alfombra de vivas flores.
Candelabros de oro y plata
Por las mesas y rincones,
Y vajillas y preseas
Do quiera en aparadores,
Rosa y don Pedro sentados
Esperaron á que torne
Don Rodrigo que acompaña
A la madre desde el coche,
Delante una chimenea,
Cuyos morillos de bronce
Teniendo están disolviéndose
En ceniza medio roble.
Entre las llamas volubles
Lanzan los ojos tizones
Chispas que naciendo espléndidas
Desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
En espirales deformes
Despedido por las llamas
Que brotan á borbotones

Y por do quiera que el tronco
Lentas ó voraces orlen,
Hierva la savia que mana
Resistiendo sus furoros.
Entró por fin don Rodrigo,
Y apenas Ibañez viole,
Tomándole de la mano,
Delante Rosa le pone:
"Esta es mi esposa," le dijo.
Alzó Rodrigo la noble
Frente, y la beldad de Rosa
Viendo, en verdad asombróse.
Saliéronse del salon,
Y al cruzar por los portones
A Rodrigo que le sigue
Pedro Ibañez preguntóle:
"¿Que te parece de Rosa?
¿Otra mas linda conoces?
— ¡Por Dios (contestó Rodrigo)
Que no la hay entre los hombres!
Y así permitan los cielos
Que tantos años la goces,
Como ella tiene de deudas
A los cielos de favores."

Era Rosa de célica hermosura,
Rica de gracias, rebosando amor,
Trasunto de la esbelta criatura
Que hizo en el fértil Paraíso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
Risa los labios y márfil la tez,
Donde la calma de la infancia brilla,
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
A género, ni siglo, ni país,
Ni terrena beldad llega ni iguala
De la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
La leve huella del enano pié,
Y tiene mas la vaporosa sombra,
De inefable vision que de mujer.

Flota el cabello en perfumados rizos
Al impulso de zéfiro fugaz,
Velando de la espalda los hechizos
Su voluble y espléndida espiral.

Caenla de la mórbida cintura,
En grupos que sujeta el cinturón,
Los pliegues de la blanca vestidura
Que agita ligerísima en redor,

Como las aguas de elevada fuente
Caen en hebras de líquido cristal
Y el aura con mansísima corriente
Las mece confundidas al bajar.

Do quier que está la delicada Rosa
En la corte, en el baile, en el festin,

No hay ojos ni atencion para otra hermosa;
Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
En medio de ruidosa sociedad,
De las damas sin duda aborrecida
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,
Guardias perennes, embozados son,
Y oyése de estocadas y canciones
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores
Dueñas y pajes aguardar se ven,
Ya ramilletes de tempranas flores
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
Ni billete ni flor á recibir:
Del palacio jamás la soberana
Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oido de varon dichoso
El eco suave de su voz oyó,
Ni una mirada por su afán penoso
Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia:
Nadie el solar en que nació cuál es,
Nadie de su beldad tiene memoria,
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra
De sus esclavos á inquirir llegó,
El secreto tenaz en que se encierra
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
Corren de ello tal vez en la ciudad;
Mas posan en tan vanos fundamentos
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
Libres sus salas encontró tal vez,
Y de su audacia y su fortuna incierto
Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga
Tocó la mano y escuchó la voz;
Ibañez solo de placer se embriaga
Cediendo irresistible á la pasión.

No exhaló en vano sus amantes quejas
Velado en la nocturna oscuridad,
Que cuando ronda sus doradas rejas
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante escuso
Por un cariño le volvió un desden,
Porque con fácil y abrasado beso
Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
Fué don Rodrigo y admiró su amor,
Solo con él su mercenaria gente
La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la corte fuera
El la idolatra á cada instante mas,
Y por desprecio de la corte entera
Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla
En que refleja tan dudosa luz
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza
Un inmenso cercando aparador,
Los vasallos están de mas nobleza
Que el rey don Juan entre su corte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
Damas é hidalgos en el real festin,
Brindan y cantan á la ansiada boda,
Mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
Con largo y libre interminable son,
Y el aire denso y perfumado llenan
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa
Ebrio de amor y de ventura está,
Y cuanto admira la beldad de Rosa
Crece en el pecho su amoroso afán.

Toda su vida le parece un sueño,
Entre cuyos vapores nada vé,
Mas que el camino que tras largo empeño
Le trajo de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella
Cual nunca Ibañez por azar la vió,
Aunque hoy encuentra perspicaz en ella
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la expresion incierta
De una vaga ilusion de otra mujer,
Con cuya oculta realidad no acierta
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
No es de su Rosa la continúa faz,
Y aun le parece que su frente hermosa
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
Y de los brindis los efectos son:
Mas su cariño á su ilusion se presta
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
Mas le contenta y satisface mas;

Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento
Todo en desórden por final quedó,
Y ambos á paso vacilante y lento
Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
Cruzaba apenas tan dudosa luz,
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azul.

CONCLUSION.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que envidiosa ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibañez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.

Ella parece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Y aliviada de las joyas,
El en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra,
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
El, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa:
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Si no los gestos, las sombras.

¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibañez, vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuitas,
Su deshonor y su gloria.
No hay mas pasado en su mente,
Mas porvenir no ambiciona:

Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frio involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,
Cual si en sepulcro pudiera
Convertirse la alcoba.
Algunas veces mirando
Los ojos de la que adora,
Creyó alcanzar dentro de ellos
Alguna imágen diabólica.
Alguna vez embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusion dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
“¿Qué piensas, Ibañez mio?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo?”
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante
Su espanto y asombro doblan;
E Ibañez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.
“¿Qué sientes?”

—¡Oh! nada, nada;
Mas la vista se me borra,
Los objetos me vacilan:
¿Cielos! ¿qué es aquesto, Rosa?
—¿Qué dices qué no te entiendo?
—¡Ah! ¡eres tú, niña? perdona:
Mas ¡tal vez mi fantasía
Se me es á volviendo loca!
No sé por qué, mas el miedo
Que de mí se posiona . . .
Oh, ciégame con tus labios,
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa!”

Echóse en ellos la niña,
Ansioso Pedro abrazóla;
Mas al tocarla dió un grito,
Como quien espinas toca.
“¿Quemas!” la dijo espantado;
Y soltándola en la alfombra,
Se miró el triste los dedos
Con que sostuvo su forma.
Ella seguía diciéndole
Con sonrisa seductora:
“¿Qué tienes, Ibañez mio,
Que cuanto dices me asombra?”
Y él con ojos aterrados
Continuaba en su congoja,
Contemplándola sin habla
En convulsion espantosa.
Al fin con hondo cariño
Ella las manos le toma,
Diciendo con voz mas suave
Que el murmullo de las hojas:

“Amor mio, vuelve en tí;
Yo soy, mirame, tu Rosa,
Tú me lo has dicho, ¡alma mia!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.”
Sonrió apenas Ibañez
Y medroso preguntóla:
“¿He soñado, no es verdad?
Tú me despiertas ahora.
—Sí por cierto, esposo mio:
Tú me has dicho tantas cosas . . .
Tantos delirios . . . que casi
Temí contigo estar sola.
—Oh sigue, sigue . . . ¡qué dulce
Me suena tu voz hermosa!
Sigue.

—¿Quieres que te cuente
Para adormirte una historia?
—Sí, sí, dime cuanto quieras
Con tal que tu acento oiga.
—Pues escucha, que tal vez
Se disipe tu congoja.”

Ibañez, como quien sale
De pesadilla penosa,
Su voz escuchaba atento
Suave, argentina, sonora,
Sin acertar á entender
La sensacion dolorosa
Que un momento antes le hacia
Su presencia encantadora.
El recostado en el lecho,
Ella á su lado en la sombra,
Esto á Ibañez le decia
Risueña y voluptuosa:

*En un tosco pueblecillo,
Aunque no recuerdo donde,
Vivía un baron ó un conde,
Que es igual, en su castillo.*

*En este pueblo vivía
Una villana, ¡oh, hermosa!
La reina mas orgullosa
Por ella se trocaría.*

*Rosa, como yo me llamo,
La villana se llamaba,
Y un pobre hidalgo la amaba
Tanto como yo te amo.*

Ibañez en su embeleso
Dulcemente sonrióla,
Y besándola en los labios
Siguió la niña su historia.

*Vióla el baron cierto día,
Y al contemplarla tan bella
Ciego de amores por ella
Solo por su amor vivía.*

*Pródigo la regaló,
Y tal su cariño fué,
Que por prenda de su fé
Su mano la prometió.*

*Ella avara ó inconstante
Casóse al cabo con él.*

*Fué una noche bien cruel
Para el olvidado amante!
Este llegó de la boda
El mismo día anterior;
Alas le prestó el amor
Vana diligencia toda!
De su ventura testigo
Solo él llorando su duelo,
No halló para su consuelo
Un pariente ni un amigo.*

A estas palabras Ibañez
Embebido interrumpióla:
—Tu voz me encanta, mas pienso
Que es triste ese cuento, Rosa.
—Oísele á un peregrino
En una sentida trova;
Mas deja que te le cuente,
Porque es muy linda la historia.

*Despechado en su afliccion,
Maldiciendo su fortuna,
Dejó la fiesta importuna,
Y abandonando el salon*

*En que los brindis doblaban,
Bajó en su afan amoroso
A llorar al pié del foso
Lo que en la torre cantaban.*

*Era una noche serena,
En que la brillante luna
Reflejaba en la laguna
Con la luz de Enero llena.*

*Todo estaba en soledad
Velado en vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Huellas de esterilidad.*

*Hervía el rio á lo lejos,
Medroso el viento sonaba,
Y el aire espeso vibraba
Del agua con los reflejos.*

*El negro y alto castillo
Allá en la sombra se via
Del blanco fanal que huía
Al resplandor amarillo.*

*Y aun en murmullo infernal
Lanzan sus rojas ventanas
Las cántigas que profanas
Respiran la bacanal.*

*Aun puede oirse por ellas
Con el brindis del baron,
El ronco y discorde son
Del vino y de las querellas.*

*Y sus vidrios de colores
Radian en la lobreguez
La movible brillantéz
De fugaces resplandores.*

*El amante desdeñado,
Sin poder con su dolor,
Pensó en su amargo furor
En verse al menos vengado*

*“Por ese breve placer,
“Esclamó, diera al infierno*

*“Cuanto Dios puso de eterno
“En mi despreciable ser.”*

Tembló pavoroso Ibañez
A estas palabras de Rosa,
Palideciendo al impulso
De una sangrienta memoria.
Y ella con triste sonrisa
Entre doliente y sardónica
Siguió, á los ojos de Ibañez
Cambiando su imágen propia.

*A su sacrilego ruego
Diz que el infierno le dió
Por la alma que le vendió
Una venganza de fuego.
La torre ha poco altanera
Brotó llamas de su centro;
Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
Que el castillo se incendió,
Media vida al galan dió,
Y ahora mediándose está.*

“Cielo santo!” esclamó Ibañez
Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa,
“¿Qué es esto? ¡la luz me falta,
El ambiente me sofoca . . .!”
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa
Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con impetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparicion horrible
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa:
Y al son de la ardiente llama
En voz le decia cóncava:
“Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda,
Diez años eran de vida,
Y están mediándose ahora.”

EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
Esa mágica edad de la ilusion,

En que vegeta el alma adormecida
Agena de inquietud y de ambicion!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
Cuánto se goza lejos del pesar,
Llevando nuestro débil barquichuelo
De la existencia por el negro mar!

Entonces sin pensar en quien nos hizo
Ni el vano mundo y su placer traidor,
Gozamos por el día tanto hechizo
Y dormimos la noche sin temor

Que es el niño atrevido marinero
Que al mar se lanza si inesperado, audaz,
Satisfecho con ver como ligero
Va por las ondas su batel fugaz.

¡Qué le importa el murmullo de la brisa
A quien sigue tal vez el aquilon?
Navegaré, se dice, mas aprisa
Del blando viento al compasado son

¡Qué le importa que el agua se alborote
Tormentosas alzando olas sin fin?
Irá, se dice, mi estraviado bote
A dar como el que dejó á otro jardin.

¡Qué le importa que bajen las tinieblas
La noche desplomando sobre el mar?
El dice: cuando pasen estas nieblas
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¡Qué importa que en espejos quebradizos
Hiervan los lomos del gigante azul?
El mira en ellos sus flotantes rizos
De la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla
Que en el bajel de su inocencia va,
Libre y segura sin perder la orilla
Del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
Loco recuerde de la edad pueril,
Que mire de la vida los empeños
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
De árbol en árbol y de flor en flor,
Del sol brillante á los destellos rojos
Que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
Para el que nace en virgen ilusion;
Desierto do eternal el cierzo brama
Para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso
Cuando halagüeno en tu ilusion, fatal.
Yo miraré con ojo receloso
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
Y entre tus flores escondida red
La loca tentacion de tus mujeres,
Corrientes que no templan nuestra sed

Que si nacemos á la amarga vida
Riendo lo que hemos de llorar,
Yo quiero mi existencia dolorida
Gozar llorando y mi dolor cantar.

I.

Es una bella aurora,
Fresca, purpúrea y clara,
En que va murmurando
Por la floresta el aura.
Las hojas estremece
Con las sonantes alas,
Cruzando fugitiva
Por una y otra rama
Ya por el blanco césped
Silenciosa se arrastra,
Robando sus perfumes
Al tomillo y la grama.
Ya en torno de los troncos
De las encinas altas
Columpia en sus cortezas
Las ramitas enanas.
Ya de la limpia fuente
En la repleta taza
Arruga, trenza y riza
Los hilos cen que mana.
Es un jardin florido
Henchido de fragancia,
Que á par enriquecieron
Con afanosa maña,
Naturaleza fértil
Con su silvestre gala,
Y la incansable industria
Con su rica elegancia.
Aquí por los linderos
Las violetas moradas
Matizan de los céspedes
La vívida esmeralda.
Allí de clavellinas
Entumecida mata
Sus infinitos hijos
A sostener no basta.
Allí las anchas rosas
Su pabellon de grana
Estienden afrentando
Las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
Se eleva con audacia
De azules pensamientos
Su raiz tapizada.
Mas lejos un geráneo
Que aroma el aura mansa
Envidia á los renúnculos
Las tintas soberanas.
Y allá entre sauces verdes
Que humedecen las aguas,
Entre sonantes hojas

Y retorcidas varas,
En cargados racimos
Madreselva olvidada
Convida con sus flores
Amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
Y transparentes jarras
Pomposos tulipanes
Que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos
Tienden sus hojas anchas
Los fértiles naranjos,
Las corpulentas hayas.
Hay en su bosquecillo
De mirtos y de acacias,
En una placetuela
De rosales cercada,
Una anchurosa fuente
Que en torno se derrama;
Está el pilon colmado,
Y en medio se levanta
Sobre dos piés de jaspe
De alabastro una taza;
Y mil vistosos peces
En su remanso nadan,
Que asoman atrevidos
La fugitiva espalda.
Se escucha desde lejos
La música liviana
Con que murmuran leves
Las revoltosas aguas;
Y en su cristal inquieto
El sol que alumbraba el alba
Saliendo reverbera
Con luz tornasolada.
Sentado en las orillas
Por do la linfa clara
Desde la limpia fuente
Bullendo se derrama,
Deshojando unas flores
Que el arroyuelo arrastra
Miraba el niño Adolfo
Como las lleva el agua.
Su imágen la corriente
Trémula le retrata
Los ojuelos alegres,
Las manitas nevadas,
La blonda caballera
Tendida por la espalda,
La frente ruborosa
Y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
Inocentes fantasmas
Que á la niñez tranquila
Espléndidos halagan;
De esos delirios puros
Que fugitivos pasan
Y aduermen los sentidos
Sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas
Con cuyas sombras mágicas
Los gozos se deshacen
De nuestra breve infancia.

Ceñida de una nube
De vaporosa gasa,
Que el aire llena en torno
De suavísimo ámbar.
De rosas y azucenas
La frente coronada,
Prendida en ricos pliegues
La vestidura blanca,
Salió de entre los mirtos
Con cautelosa planta
Una ilusion dichosa
De paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos
Por donde aérea pasa
Se esponjan y enderezan
Y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
Murmuradora vaga,
Y entre las hojas verdes
Se enreda y esparrama,
Colúmpianse las copas,
Los ruiseñores cantan,
Las tórtolas arrullan
En amorosas cláusulas
Y todo en los jardines
Al paso de la maga
Respira la ventura
De juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo
Que sobre el césped descansa,
Quien al verla tan hermosa
Entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
La besa la frente casta,
En sus pupilas se mira
Y en su sonrisa se embriaga
Ella á su seno le estrecha,
Le acaricia y le regala,
No como madre amorosa,
Sino como amante hermana;
No como en signo de albricias,
De un hijo perdido que halla,
Como quien se alegra hallando
Con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
Y el blanco cuello la abraza,
Admirando su hermosura
Con infantil confianza.
"Oyeme, Adolfo, le dijo
Halagándole la maga:
Si tú quisieras conmigo
Vivir... tengo una morada
Llena de fuentes y flores
Y de deleites y galas:
Tengo palacios de oro
Suspendidos en montañas
En un país no lejano,
A quien *Ecsistencia* llaman.
—¡Oh por cierto que eres rica!
—Lo que imaginas es nada;
Todo el universo es mio.